

No es mi cometido, como prologuista, hacer una reseña de la obra que presento pero quienes, cuando una vez editado, se enfrenten a dicha tarea se verán obligados a advertir que en realidad se trata no de uno sino de varios libros reunidos en un único volumen. Porque el trabajo que Jorge Soler ha preparado sobre los trabajos arqueológicos efectuados hace ya casi un siglo a orillas del río Mijares, en Villa Filomena, es, por un lado, un precioso documento historiográfico sobre los balbucesos de la arqueología en La Plana de Castellón, pero también una puesta al día de la investigación de los campaniformes cordados y marítimo/cordados en la Península Ibérica, y asimismo –seguramente lo más importante– una visión panorámica sobre los “poblados de hoyos” en la prehistoria reciente del País Valenciano. A Arquímedes le era suficiente, según sus propias palabras, disponer de un punto de apoyo para levantar el mundo, y a Jorge Soler le ha bastado –es un decir, porque la tarea ha sido titánica– la revisión de las viejas excavaciones de Vicente Sos Baynat en el referido yacimiento castellonense para construir una obra monumental que tiene el mérito de recuperar para la ciencia un yacimiento que todos pensábamos ya condenado al olvido y pasado a mejor vida sin la deseada rentabilidad. Un enorme reto, sin duda, que, conociendo la manera de ser del autor, seguro fue asumido desde el principio por amistad (con quien se lo planteó, Arturo Oliver Foix), por compromiso científico (como investigador de la Prehistoria reciente del País Valenciano) y por su debilidad por el trabajo en equipo que le ha llevado a convertir, sin que sea la primera vez, un encargo personal en una obra colectiva. Esta es la manera generosa de ser de Jorge Soler que, además, ha tenido el detalle de encabezar los distintos capítulos de la obra con una dedicatoria a sus seres queridos y amigos, entre los que me precio de estar desde que a mediados de la década de los 80 del siglo pasado coincidimos, yo como profesor y él como alumno, en las aulas de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid.

El primero de los libros a los que me refiero, el historiográfico, es para un más que discreto conocedor de la historia de la arqueología valenciana, como es mi caso, todo un descubrimiento. Conocía a Sos Baynat apenas de oídas y gracias a la media docena de líneas que le dedica el *Diccionario Histórico de la Arqueología Española*, y me he encontrado con un científico de cuerpo entero que, desde su condición de geólogo, abordó la excavación y el estudio de Villa Filomena con unos planteamientos por completo modernos. Su disección estratigráfica del yacimiento, su preocupación por recuperar y clasificar la fauna, o el análisis que efectúa de los enterramientos humanos de los hoyos, interrogándose sobre bases sólidas por la edad y el sexo de los inhumados, son absolutamente dignos de elogio e impropios de aquella arqueología solo ensimismada en las manufacturas humanas características de la mayor parte del siglo XX. En este sentido, la obra de Sos constituye también una oportunidad para reflexionar sobre aquel nefasto momento en que los arqueólogos españoles, en nuestro afán de desmarcarnos de otros campos científicos y de reivindicar una personalidad propia para nuestra disciplina, renunciamos a las ciencias naturales que tanto protagonismo habían cobrado en la obra de sabios como Vilanova, Siret u Obermaier, para entregarnos a una cacharrología que solo cumplía con las exigencias de la más aséptica arqueología histórico-cultural de la época.

En este sentido, el trabajo de Francisco Esteve Gálvez, asimismo obsesionado con el yacimiento del Mijares aunque sus intervenciones fueran muy limitadas, puede considerarse más convencional. Discípulo a la vez de las dos cumbres de la arqueología prehistórica española, Bosch Gimpera y Obermaier, fue sin embargo, como apunta Jorge Soler, el primer arqueólogo valenciano que obtuvo el grado de doctor y el responsable de que Villa Filomena se convirtiera desde los años 30 en pieza angular de las interpretaciones del Vaso Campaniforme en el litoral mediterráneo. Hoy resulta fácil, conociendo la pujanza centroeuropea del fenómeno de la *Corded Ware* o de la *Schnurkeramik*, buscar referentes para los campaniformes cordados y mixtos del yacimiento castellonense más allá del Pirineo, en las tierras del Rín y del Ródano –tal como advirtieron por primera vez Sangmeister y Savory–, pero relejendo a Esteve se hace necesario recordar que tanto él como Bosch y Castillo durante mucho tiempo consideraron las cuerdas un mero rasgo evolutivo de la Cultura de Almería, encontrando en ellas, paradójicamente, un argumento para proponer el origen hispano del campaniforme y su proyección europea. La arqueología histórico-cultural campaba a sus anchas.

Es muy loable el deseo de Soler de rendir un homenaje a estos dos hombres, de muy diferente ideología pero unidos a través del amor a un yacimiento, por lo que supone de reconocimiento de quienes han contribuido con su trabajo a sentar las bases de la investigación actual de los “campos de hoyos” en el País Valenciano. Como decía Newton en un metafórico elogio de la labor de los maestros, “somos enanos a hombros de gigantes” y, sin duda, a los investigadores que a mitad del siglo pasado comenzaron a tener noción de la existencia de estos poblados en llanura de cronología eneolítica, les habría convenido trepar más decididamente a los hombros de Baynat para obtener una panorámica más objetiva y realista de su realidad.

Pero, en un arranque muy propio de la personalidad de Jorge Soler, lo que había comenzado siendo una simple, aunque concienzuda, revisión de Villa Filomena, un trabajo de corte fundamentalmente historiográfico y de revisión de materiales en museos, ha devenido a la postre en un extenso y profundo ensayo sobre los poblados con hoyos valencianos en el que adquieren gran protagonismo Les Jovades, Arenal de la Costa y La Vital. Los dos primeros, con sus cientos de hoyos y sus ajuares inconfundiblemente calcolíticos, constituyen excelentes puntos de comparación para las estructuras y materiales de Filomena, aparte de que sus líneas de foso perimetrales (en el caso de El Arenal) permiten compararlos con los recintos atrincherados de prácticamente el resto de la Península Ibérica (Marroquíes Bajos y Valencina de la Concepción en los extremos del Guadalquivir, La Pijotilla en el Bajo Guadiana, Perdigoes en el sur de Portugal y Yeseras y El Gozquez en el entorno de Madrid). Y La Vital, asimismo fosado, ofrece el interés añadido de que entre sus tumbas de pozo, hay una, el conjunto 11, en la que comparece como elemento de ajuar un vaso campaniforme mixto, marítimo-cordado, que redondea el paralelo con el yacimiento excavado por Sos Baynat.

Es evidente que Villa Filomena, con sus mismos silos, con sus mismas puntuales inhumaciones en hoyo, con una episódica presencia campaniforme, con lo que parece ser el enterramiento de un perro, etc. no hace sino repetir los principales rasgos de unos yacimientos que en tiempos se adscribieron a una nebulosa “cultura de los silos” cuando en realidad se trata de poblados ya plenamente sedentarios a los que en casi toda la Península Ibérica se relaciona con una etapa de plena colonización agrícola. Villa Filomena, que constituye la expresión más septentrional de estos “poblados con hoyos” del País Valenciano, ha encontrado su redención para la ciencia nueve décadas después de ser excavado, y tamaño mérito corresponde a Jorge Soler que, una vez más, demuestra con sus libros –cómo no recordar los enterramientos colectivos en cueva, las ocupaciones de la Illeta dels Banyets o el anforoide d'en Pardo– que se encuentra entre los más sobresalientes investigadores de la Prehistoria reciente valenciana. Que no decaiga.

Valladolid, 14 de junio de 2013

Germán Delibes de Castro
Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Valladolid